

Confesión de un viejo faccioso arrepentido. Refutación a Florentino González



*Confesión de un viejo faccioso arrepentido.
Refutación a Florentino González*
Marcelo Tenorio
Edición de Humberto Barrera Orrego
Editorial Universidad de Antioquia
Colección Narrativa/Patrimonio
Medellín, 2016
148 p.

Marcelo Tenorio, el autor de los dos breves escritos compilados en el libro que nos ocupa, al igual que muchos otros jovencitos de tiempos de la Independencia se vio envuelto en los agitados albores de la era republicana en Colombia, tan ricos en conspiraciones y pugnas. Él mismo se denomina “faccioso”, en el sentido de aquel que se rebela. Amigo cercano de José María Córdova, el general antioqueño más importante de la época —este prócer con nombre de aeropuerto como podrían decir los chicos de hoy, esos a quienes ya no les tocó recibir clase de historia en el colegio—, en sus 68 años de vida, Tenorio vio cambiar once veces de nombre a su patria.

Lo poco que sabemos de él proviene de estas memorias, que ofrecen un recuento en primera persona

de eventos que involucraron a personajes de la talla de Simón Bolívar, José María Córdova y Florentino González. Así mismo, estos breves textos revelan las preocupaciones y vicisitudes de una generación que hizo de la política su pasión y el eje de su vida, pasión que los llevó a alternar los cargos públicos con los destierros, la clandestinidad, la cárcel y la lucha armada. Tenorio acude a sus recuerdos personales para aclarar a sus conciudadanos la línea de conducta que lo guio en las diferentes épocas de oscilaciones políticas que conmovieron el país (36). No menciona su vida privada, no escribe del amor, de la familia, de la vida cotidiana, no menciona las costumbres ni la naturaleza tan intacta que tuvo oportunidad de observar en sus recorridos a pie o a lomo de bestia por varias regiones del país.

Nacido en Honda en 1793, Tenorio murió en Bogotá en 1861. Huérfano de padre desde los 9 años, siendo un quinceañero se mudó a la capital para estudiar en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario. Un par de años más tarde, cuando empezaron las luchas por la Independencia apoyó el bando patriota, opción que en 1814 le mereció el cargo de primer regidor del cabildo de Honda. Por esa época se casó y con apenas veinte años de edad fue juez del Tribunal de Vigilancia de la Provincia de Mariquita, ente encargado de acusar a los enemigos de la república, cargo que lo puso en aprietos cuando llegaron las tropas de la Reconquista. Tras un fallido intento de huir por el Pacífico, decidió presentarse en Santafé ante Murillo, quien lo absolvió por estar “relacionado por amistad y aun por vínculos de familia con algunas personas influyentes en los jefes expedicionarios” (39).

Posteriormente se estableció en Rionegro, Antioquia, pero, como lo relata: “una noche me hace llamar el gobernador [realista] don Carlos Tolrá, para desterrarme de la provincia dentro del preciso término de dos horas, después de haberme amenazado con grillos y calabozos, sin olvidar el patíbulo...” (43). “Llegué a Honda el 10 de agosto del año de 1819, precisamente el mismo día en que se embarcaban los realistas, despavoridos con la sorpresa de las gloriosas batallas de Vargas y Boyacá” (44). Quiso regresar a Rionegro con su amigo Córdova, pero el general patriota Anzoátegui lo nombró gobernador de Provincia de Mariquita, cargo que Tenorio ejerció a regañadientes por siete meses.

En 1820 deja Honda y trabaja durante ocho años en un establecimiento comercial en la Calle Real de Santafé, de su tío político don Ignacio Camacho, a quien le ayudó

a administrar cuatro haciendas en la sabana. Pero el tío se endeudó hasta la quiebra, dejando a Tenorio en la ruina. En aquel entonces compartía vivienda con Córdova, masón, y con otros. Él mismo ingresó a una logia y trabó amistad con Santander.

Confesión de un viejo faccioso arrepentido sin embargo de no tener remordimientos es un intento de Marcelo Tenorio por reivindicar la memoria de su amigo Córdova, pues consideraba que se le imputaron injustamente culpas ajenas. Cabe recordar que este prócer, a quien la historia oficial ha inmortalizado como el héroe de Ayacucho, fue ascendido a teniente siendo un mozalbeta con apenas 16 años de edad. Un par de años después, Bolívar lo incorporó a su estado mayor en Guayana y en 1819 le encargó echar a los realistas de Antioquia y de la costa atlántica. Luchó contra los obstinados realistas pastusos, liderados por el indígena Agualongo. La actividad militar lo llevó a caballo hasta Bolivia. Cuando regresó a Colombia en 1827, ya los civiles empezaban a desconfiar de los militares, menos necesarios en una guerra que declinaba: mal momento para Córdova encabezar dos años después en su patria chica un movimiento contra la dictadura de Bolívar. Tras su derrota, fue vilmente asesinado en Santuario, a la edad de 30 años.

Tenorio dedica varias páginas, con tantas y tan extensas notas aclaratorias, que parecen un texto paralelo al recuento pormenorizado de los acontecimientos ocurridos antes, durante y después del 25 de septiembre de 1828, “día aciago y de vergüenza para esta tierra infortunada” (55). “Es con gran repugnancia que lo recuerdo en este escrito, porque no puedo resistir el deber que la verdad y la amistad me imponen, reclamándome la rectificación de algunos hechos que han tenido lugar ante mis propios ojos” (56). Declara “solemnemente, que el general José María Córdova lejos de estar iniciado y comprometido en aquella infausta conspiración, como se había creído generalmente... hizo en aquella malhadada noche cuanto exigía su deber y le fue posible el obsequio del orden, hasta comprometer heroicamente su existencia, llevado del deseo de salvar la del Libertador”(Ibíd.). En 1829, en medio de las persecuciones desatadas a raíz del atentado contra el Libertador, Tenorio fue tomado prisionero y remitido a una cárcel de Venezuela. No detalla tan largo y penoso viaje, pero se sabe que a su paso por Tunja algunos hermanos masones le brindaron un trato digno a pesar de pertenecer al bando opuesto. En 1830 logra que lo trasladen a la cárcel de Honda, de donde sale al poco tiempo. Más tarde, en medio de la guerra

de los Supremos, participó en la revuelta de Mariquita, lo que le valió el destierro a Santa Marta.

A mediados del siglo, cuando *El Neogranadino* dio a conocer los “Recuerdos de la época de la dictadura” de Florentino González, Tenorio, ya cincuentón, irritado de leer allí comentarios a su juicio imprecisos sobre Córdova, le escribió una larga misiva al director de ese semanario, publicada en 1853 en cinco entregas bajo el título de “Refutación al artículo titulado ‘Recuerdos de la época de la dictadura’”. Recordemos que González había sido hallado culpable en la conspiración septembrina contra Bolívar y condenado a muerte, pena conmutada por prisión en Bocachica. Después se fue a París, donde estudió derecho y economía y donde entre 1841 y 1845 redactó “Los recuerdos de la dictadura”. Tenorio escribe: “tratándose de hechos que yo he presenciado, y de un hombre que nadie ha conocido tanto como yo (hablo del general José María Córdova), me creo capaz y en el deber de dar algunas explicaciones importantes sobre varios de los hechos referidos” (110). En la “Refutación...”, Tenorio le corrige a González aseveraciones sobre varios asuntos, entre ellos los pormenores del ataque de un coronel a Vicente Azuero, salvado por Córdova, y la actuación de este en la reunión en la que se le dieron poderes extraordinarios al Libertador. Aclara que, cuando Córdova se sublevó contra la dictadura de Bolívar, no “levantó en armas” a la Provincia de Antioquia, como afirma González. Escasamente pudo reunir dos centenares de jóvenes, en su mayoría inexpertos y mal armados, enfrentados a cerca de mil veteranos, de las mejores tropas de Bolívar, encabezados por O’ Leary, y tras la derrota, un sicario lo asesinó.

La cuidadosa edición objeto de la presente reseña pone al alcance de los estudiosos del pasado un testimonio de primera mano, publicado parcialmente con anterioridad, pero en periódicos hoy asequibles únicamente en bibliotecas especializadas. El libro incluye varias imágenes de la época. En la cubierta, un detalle de la Plaza Mayor de Bogotá, tomado de una acuarela pintada por el inglés Edward Walhouse Mark en 1846, que en el texto se reproduce entera. Un plano colonial de la villa de Honda que conserva el Archivo General de la Nación; una caricatura de José Manuel Groot que muestra a Tomas Cipriano de Mosquera, Florentino González y otros contemporáneos de Tenorio. Un documento donde este reclama su libertad, firmado en Honda en febrero de 1831; un grabado sobre la Calle Real de Bogotá; una alegoría donde Clío, la musa de la historia, pregona la memoria del general Córdova, quien yace con una

corona de laureles; una vista de la entrada a Bogotá por San Victorino, según la acuarela pintada por Carmelo Fernández para la Comisión Corográfica en 1855, y una reproducción de una página de *El Neogranadino*.

Sobre los próceres ha corrido mucha tinta y es sorprendente la forma cómo varía la percepción sobre ellos, según la lente con la que los juzguen bien sean sus contemporáneos o las generaciones posteriores. La literatura y algunos textos de historia basada en testigos directos y en documentos de archivo han ayudado a demoler la acartonada historia oficial, muchas veces bajando de sus pedestales a los próceres. Así lo hizo en México Vicente Quirarte en *Vergüenza de los héroes. Armas y letras de la guerra entre México y Estados Unidos*, libro publicado en 1999, que muestra cómo sobre la guerra de Texas y la invasión de México por su vecino del norte en 1846, que llevó a la pérdida de una enorme porción del territorio mexicano, y donde se mezclaron el heroísmo y la traición, es imposible poner de acuerdo las versiones de testigos y protagonistas, que circularon en escritos y en imágenes visuales. En Colombia, Pablo Montoya en *Adiós a los próceres*, publicado en 2010, combina ficción y realidad para mofarse de la supuesta grandeza y del heroísmo ensalzado por la “historia de bronce”. Él prefiere subrayar los ensayos fallidos, los conflictos bobos, los equívocos y las torpes vanidades que marcaron las vidas de una veintena de próceres.

Patricia Londoño Vega (Colombia)



Colmena y distopía



Historia de las abejas

Maja Lunde
Siruela
Madrid, 2016
328 p.

Han pasado ciento dieciséis años desde que Maurice Maeterlinck publicó *La vida de las abejas*, uno de los más originales ensayos que se han escrito sobre los insectos. Las teorías científicas y las obras artísticas sobre colmenas se han sucedido con profusión a lo largo del siglo xx y, todavía, a inicios del xxi, siguen siendo tema de interés.

Siruela acaba de publicar en español la primera novela de Maja Lunde, la autora noruega convertida recientemente en suceso editorial y mediático con un libro que habla sobre las inquietudes ecológicas del presente, momento en el que los insectos han cobrado un inusitado protagonismo. *Historia de las abejas* relata algo que probablemente ni el mismo Maeterlinck hubiera imaginado: la extinción de la civilización tal como se la conoce por la desaparición de los polinizadores.

Dividida en tres relatos que se desarrollan en épocas distintas —la Inglaterra de 1852, los Estados Unidos del año 2007 y la hipotética China de 2098—, la novela